

EL COLGADO de Alberto Monreal

Tremendamente abandonado por la condición humana pero sostenido por la existencia. Sentirme así hace más soportable el dolor de tobillo provocado por las cuerdas. Todo pierde peso y se relativiza. Todas las cosas están del revés, también figuradamente: las torres de la catedral, tales que carámbanos de hielo, se fundirán al próximo mediodía. La gravedad invertida parece estar a punto de hacer despegar por los aires a todos esos cuerpos vestidos que pasean, los vehículos en los que montan y hasta el pavimento que se adhiere a lo que ahora parece el techo del paisaje. Si todo saliera disparado, en ese vacío se sentiría aún más profundamente la descarriada deriva de la Humanidad, de la que no quedarían más que cuerpos flotantes extraviados por el espacio. Los árboles no crecen: cuelgan; los pájaros no alzan el vuelo: se dejan caer. La naturaleza adquiere más que nunca su cualidad conformista y abandonada a su misma esencia. Y yo, aun siendo capaz de dilucidar todos estos desvaríos, no recuerdo por qué estoy colgado boca abajo como un pequeño Edipo abandonado.

Nadie me mira al pasar junto a mí, nadie se para ni me habla, quizá sea porque en mi rostro no hay dolor, ni urgencia, sino la expresión de esa sensación de calma chicha que invade este momento de indiferencia, o de inconsciencia, o de paz cósmica. Es curioso cómo se confunde la ignorancia con la iluminación, lo anodino con lo equilibrado. “¿Estoy aburrido, o estoy dejando que el tiempo pase?”, me pregunto antes de seguir pensando en otras pequeñeces de este aquí y ahora tan extraño.

-Disculpa -he tardado unas horas en optar por llamar la atención de alguien, pero no como una preferencia o elección, sino como otra circunstancia más como podría ser cantar una copla, continuar sin hacer nada o desatarme con una graciosa contracción abdominal-, ¿qué hora es?

La pregunta es pura y absolutamente casual, contingente, aleatoria, venida de la estadística, de la cotidianidad. Tanto, que ni siquiera escucho la respuesta, porque ya la supongo por la posición del sol (que va camino de ser absorbido hacia arriba por el horizonte) y porque estoy absorto contemplando cómo el rostro de mi interlocutora, aun del revés, parece estar derecho:

la forma en que se arruga su frente es descaradamente similar a unos labios, su ancho ceño se postula como nariz, de forma extensible a sus cejas-mostacho, y del poco hocico que tiene (y encima, embozado en un pañuelo, aquí turbante) es como si no hubiera nada más bajo (sobre) los ojos.

-Que si no oyes las campanas -repite. Yo las oigo pero no las escucho. La situación se da de morros con la tapia del absurdo y por sí sola se reconduce hacia opciones más lógicas:

- ¿Sabes qué hago aquí? -intuyo que ella puede hacerse a la idea, porque no está de paseo como la mayoría de los transeúntes, sino que lleva ahí sentada desde el principio, jugando con el agua de una fuente.

-No. Aunque me parece que te da igual, ¿por qué me lo preguntas?

¡Claro que me da igual! Solo estoy probando a entrar en la realidad por la tangente... Pero si doy una respuesta coherente saldré de ella, así que:

-Porque me duele el pie derecho, por la cuerda.

-¿No te puedes desatar? Yo no llego.

Ajá, una niña era mala elección. ¿O no tanto? La imposibilidad trae la necesidad de buscar alternativas, anuda más el conflicto. En este caso, me empuja hacia la acción y la iniciativa propia, hacia dejar de esperar que todo llegue de fuera. Mientras me doblo como la hoja de una mimosa para llegar a la cuerda con mis manos, ella comenta:

-Además, ese nudo es una tontería de nudo. Es de los que tiras y se deshacen.

El verbo se hace materia, caigo y me parto el cuello.